

May 2009

Número 110: Ascensión-Pentecostés

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2009) "Número 110: Ascensión-Pentecostés," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2009 : No. 110 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2009/iss110/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 110 – Mayo de 2009

Instituto Universitario ISEDET
Aut. Prov. Nº 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET
Buenos Aires, Argentina
Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: Pablo R. Andiñach

Domingo 24 (Ascensión)

Sal 47; Dan 7:13-14; Ef 1:15-23; **Lc 24:44-53.**

Las palabras de Daniel anuncian que en el futuro llegará “uno como hijo de hombre” que recibirá honor y poder, las naciones le servirán y su reino no tendrá fin. Se ha debatido mucho quien es este personaje, si refiere a un rey nuevo y cercano a ellos, si a un líder militar, si al mesías en el fin de los tiempos, si a un sumo sacerdote. Las opiniones continuarán produciéndose pero lo que es cierto es que los evangelios ubican a Jesús en esa línea junto con otras del Antiguo Testamento: la de los profetas y su crítica del poder, el rey humilde que se acerca en un burro, el sabio que conoce como nadie las “cosas de Dios”, la del sacerdote que media entre las personas y la divinidad.

En este domingo, el texto de Lucas nos muestra a un Jesús que obra de tres maneras.

1. Abre el entendimiento para que comprendan las Escrituras. Ante el evento de la resurrección muchos quedaron confundidos y quizás temerosos. A nuestra mente moderna le resultará extraño que se hable de resurrección – cosa que también lo fue para las personas del siglo I- pero lo que más habría turbado a los discípulos debe haber sido la aparente incongruencia entre la proclamación del mesías y su muerte humillante. ¿Acaso el mesías no detentaba el poder, como había anunciado Daniel? ¿Acaso no era un rey, un David redivivo? ¿Acaso el Padre que estaba en los cielos no lo había protegido?

La confusión venía no de que hay resucitado sino de que hubiera muerto en manos de oscuros funcionarios romanos, que por otra parte habían simplemente obrado como si castigaran a un rebelde más. Se cuestionaban si no habría sido un rebelde más de los tantos que hubo y habrá en la historia de la humanidad.

La muerte de Cristo puso en tela de juicio su mensaje, aún para sus más allegados seguidores. En el fondo nunca pensaron que moriría aun cuando él lo había anunciado varias veces. Pero conocían las Escrituras y en ellas recordaban a Abraham que conduce al sacrificio a su hijo Isaac hasta el último momento en que lo detiene y provee de un cordero en su reemplazo. O a Elías que se hecha a morir pero Dios lo rescata. ¿Por qué esta vez no hubo un cordero en el momento final para que Cristo no muriera? ¿Por qué el silencio en vez de una voz que lo rescatara de la muerte como a Elías? Y si no hubo cordero ni voz, ¿será porque todo lo demás era una farsa o un cuento hermoso pero irreal?

¡Cuántas preguntas y cuan pocas las respuestas!

A personas como esas (¿nosotros..?) Jesús sale en su auxilio –como si fueran ovejas perdidas- y les abre las Escrituras para que comprendan que en verdad sucedía delante de ellos.

2. *Jesús promete el Espíritu Santo.* Poco favor les haría a esos hombres y mujeres si les explicara la Escritura y luego los dejara librados a sus propias fuerzas. Tendrían sin duda un argumento para *entender* lo sucedido pero no el empuje para encarar la vida en base a ese conocimiento. El Señor sabe que además de comprender el evangelio (una tarea por cierto del intelecto y necesaria) es preciso contar con su ayuda para llevarlo adelante. Esa es la función de Espíritu Santo en la vida del creyente y de la comunidad llamada Iglesia. Porque la Iglesia se funda en Cristo y es conducida por su Espíritu. Cuando no es así –y hay cientos de ejemplos del ayer y del hoy- es cuando escribe sus páginas más tristes y pierde su condición de comunidad de fe para ser un grupo de personas reunidas con un fin distinto del evangelio.

3. *Jesús conduce al lugar adecuado y es exaltado.* No es un detalle menor que Jesús haya conducido a quienes estaban con él a Betania, la aldea que se ubicaba al otro lado del valle y el monte de los olivos. Jesús busca un lugar adecuado para lo siguiente que debe transmitirles. Esto nos enseña que no solo el Señor elige bien sus palabras sino que también es cuidadoso sobre el lugar donde las dice.

En Betania habían sucedido cosas importantes y ahora habría de suceder una más. El Señor es exaltado a los cielos. ¿Qué significa esto?

En primer lugar que no deja descendientes “físicos”, no hay quien pueda decir soy el sucesor de Jesús. En segundo lugar que no deja restos para adorar, venerar, cargar como amuleto ni nada que se le parezca. Cualquier resto hubiera sido motivo para la idolatría: huesos o tumba. Es interesante observar que los primeros cristianos no prestaron mayor atención a los objetos de uso de Jesús, tales como vasos, sandalias, túnicas. Las dejaron echar al olvido porque no tenían ninguna significación particular para ellos. Sin embargo algunos siglos después hubo quienes llevaron adelante guerras para recuperar objetos obviamente falsos atribuidos al Señor. Jesús los lleva a un lugar apartado y quiere que sean testigos de su camino al cielo.

El texto –y el evangelio- concluye con una nota espléndida. Quienes fueron con él regresan a Jerusalén y van al templo. Allí alaban y bendicen a Dios. No es preciso que aquí evoquemos que Jesús fue muy crítico del templo y de las conductas de los sacerdotes que allí se congregaban. Sin embargo esto no obsta para que sus discípulos se reúnan en él y expresen su fe. La crítica de la religión de la cual participaban no les impedía reconocer lo valioso de ella, incluso de sus instituciones más proclives a correrse del camino recto. Jesús no había venido para abolir sino para cumplir la ley.

La predicación

El texto de este domingo nos permite meditar sobre el sentido de la presencia de Cristo en medio de la comunidad cristiana. Está aquí no para apropiarse de un terreno sino para guiar a la Iglesia en su derrotero por la vida y el mundo. Así como a aquellos discípulos los ayudó a entender las Escrituras y la fe, así lo hace con nosotros hoy.

ESTUDIO EXEGÉTICO–HOMILÉTICO 110 – Mayo de 2009

Instituto Universitario ISEDET
Aut. Prov. Nº 1340/2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Universitario ISEDET
Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

Responsable: Pablo R. Andiñach

Domingo 31 (Pentecostés)

Sal 104:24-34; **Hch 2:1-21**; Ro 8:22-27; Jn 15:26-27 y 16:4-15

Es una pena que el leccionario no incluya alguna de los textos del Antiguo Testamento donde se describe o narra la fiesta de Pentecostés. El lector puede ver Éxodo 23:16 o Números 28:26; el mejor será Levíticos 23:9-14. Esta fiesta agrícola de agradecimiento a Dios por sus dones se efectuaba –aún hoy- cincuenta días después de la Pascua y en ella se presentaban las primicias de la cosecha. Lo más valioso debía ser apartado para Dios.

En esa actitud estaban los seguidores de Jesús –suponemos que estaban varones y mujeres creyentes, además de los apóstoles-. Era la fiesta en la cual lo mejor de cada uno debía ponerse en las manos de Dios. En ese día no podía retacearse nada ante el Señor. Y venían de todas las naciones para traer su ofrenda y sus alabanzas.

Predicar sobre el pentecostés cristiano supone primero evitar algunos tropiezos que bien pueden ser involuntarios. Luego afirmar algunos elementos que serán de edificación para la Iglesia.

Se debe evitar...

1. Buscar racionalizar las llamadas “lenguas de fuego”. No sabemos de qué se trata y es un fenómeno que no se repite en otras religiones ni siquiera en otros textos bíblicos. En el camino del desierto Dios se había presentado a Moisés en una llama que ardía sobre una zarza; en el monte Sinaí hablaba desde una nube con truenos y relámpagos de fuego; una columna de fuego guiaba a los israelitas durante la noche. Pero en ningún caso el fuego se posaba sobre las personas, sobre sus cabezas. Estamos ante un fenómeno singular, que busca establecer la novedad de la presencia del Espíritu Santo en la comunidad primitiva.
2. Considerar que las lenguas que hablaban eran ininteligibles. El milagro de pentecostés es el milagro de la comunicación del evangelio a aquellos con los cuales el idioma era una barrera infranqueable. Recordemos que la diáspora judía ya llevaba varias generaciones y que la mayoría de quienes llegaban de lejos a Jerusalén hablaba el idioma del país donde residían y no el arameo corriente que hablaban los discípulos. De modo que hablar en lenguas en este pasaje significa romper con los límites naturales de las lenguas y contar la buena noticia de Dios de manera que el otro –el que no entiende nuestra lengua- pueda entender.
3. Decir que a través de este milagro quienes oían la palabra en su propia lengua se convertían al momento. Como si el milagro de hablar en la lengua que el parlante no conoce haya sido suficiente prueba del poder de Dios y de esa manera todos se convirtieran. Sería darle al milagro un valor que no tiene. Los milagros en el texto bíblico son siempre un instrumento para alentar la fe pero

nunca un fin en sí mismos. Dios no necesita de milagros para entrar en el corazón de las personas. Los utiliza para dar testimonio de la voluntad de Dios que quiebra los límites para mostrar su voluntad de vida y esperanza. De hecho los que oyeron a los discípulos hablar en sus propios idiomas pensaron que estaban borrachos o se quedaron atónitos sin comprender. Alguien ha dicho que al no surtir el milagro el efecto deseado, Dios dejó de utilizarlo para su misión. En el versículo 41 se mencionan las conversiones como producto de haber recibido “la palabra”, en este caso predicada por Pedro.

Lo que hay que afirmar:

1. Estaban confundidos pero unánimes. El texto nos quiere mostrar que la comunidad de fe aunque no tenían todavía claridad sobre su misión y futuro, permanecía unida. La unidad de la iglesia si bien no es un valor absoluto es un elemento que debemos atesorar. Es en ese contexto de unidad que se presenta el Espíritu Santo.
2. La escena tiene mucho de la cultura oriental. Dios casi siempre se presentaba en medio de tormentas, lluvias, viento o truenos. En este caso el viento es dentro de la casa, pero lo importante es que todo está en función de que la presencia de Dios sea reconocida. A veces creemos que basta un milagro para que creamos. Puede ser en algunas ocasiones, pero no en todas, y menos en el siglo I. Los magos del faraón en Egipto también convertían palos en serpientes y agua en sangre y no por eso eran emisarios de Dios. El fuego desciende sobre quienes estaban en la casa pero lo central es que predicaban de manera comprensible para los que estaban allí de otras naciones.
3. El Espíritu Santo capacita a la comunidad cristiana para proclamar el evangelio. Solos no hubieran podido contar su experiencia ni anunciar los hechos de Jesús. Pero el Espíritu está allí para dotarlos de las herramientas necesarias. ¿Es el acto de hablar en lenguas un milagro? El que sucedió en Jerusalén deberíamos considerarlo de ese modo por el hecho de hermanar a los que estaban separados por el idioma. Este texto es como una respuesta a la narración de la torre de Babel (se podría leer o citar Génesis 11:1-9). Allí se confundieron las lenguas y se separó a los pueblos; aquí se los une y comunica.
4. Pedro, luego de las lenguas de fuego, se dirige a los asistentes y les recuerda el texto del profeta Joel donde se anuncia que el Espíritu de Dios será dado a toda criatura. Cada uno de nosotros recibimos el Espíritu y ese es un regalo de Dios que nadie nos puede quitar.

La predicación

La Iglesia celebra en Pentecostés el momento en que el Espíritu Santo es derramado en los primeros cristianos con el fin de acompañarlos en la tarea de proclamar el evangelio. El Espíritu es la fuerza de la iglesia. Sin él no llegaríamos lejos y con su ayuda podremos llevar la Palabra a cada lugar donde el Señor nos pida. El libro de Hechos fue escrito para mostrar esta verdad.